

TERRAZAS, FRANCISCO DE (¿1525-1600?)

SONETOS

I

Dejad las hebras de oro ensortijado

Dejad las hebras de oro ensortijado
que el ánima me tienen enlazada,
y volved a la nieve no pisada
lo blanco de esas rosas matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
de que esa boca esta tan adornada,
y al cielo, de quien sois tan envidiada,
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción, que muestra ha sido
del gran saber del celestial maestro,
volvédsele a la angélica natura,

y todo aquesto así restituido,
veréis que lo que os queda es propio vuestro
ser áspera, crüel, ingrata y dura.

II

Royendo están dos cabras de un nudoso

Royendo están dos cabras de un nudoso
y duro ramo seco en la mimbrera,
pues ya les fue en la verde primavera
dulce, suave, tierno y muy sabroso.

Hallan extraño el gusto y amargoso,
no hallan ramo bueno en la ribera,
que como su sazón pasada era
pasó también su gusto deleitoso.

Y tras de este sabor que echaban menos,
de un ramo en otro ramo van mordiendo

y quedan sin comer de porfiadas.

¡Memorias de mis dulces tiempos buenos,
así voy tras vosotras discurriendo
sin ver sino venturas acabadas!

III

Soñé que de una pena me arrojaba

Soñé que de una pena me arrojaba
quien mi querer sujeto a sí tenía,
y casi ya en la boca me cogía
una fiera que abajo me esperaba.

Yo, con temor buscando, procuraba
de dónde con las manos me tendría,
y el filo de una espada la una así
y en una yerbezuela la otra hincaba.

La yerba a más andar la iba arrancando,
la espada a mí la mano deshaciendo,
yo más sus vivos filos apretando...

¡Oh, mísero de mí, qué mal me entiendo
pues huelgo verme estar despedazando
de miedo de acabar mi mal muriendo!

IV

¡Ay basas de marfil...

¡Ay basas de marfil, vivo edificio
obrado del artífice del cielo,
columnas de alabastro que en el suelo
nos dais del bien supremo claro indicio!

¡Hermosos capiteles y artificio
del arco que aun de mí me pone celo!
¡Altar donde el tirano dios mozuelo
hiciera de sí mismo sacrificio!

¡Ay puerta de la gloria de Cupido

y guarda de la flor más estimada
de cuantas en el mundo son ni han sido!

Sepamos hasta cuándo estáis cerrada
y el cristalino cielo es defendido
a quien jamás gustó fruta vedada.

V

Parte más principal

Parte más principal de esta alma vuestra,
beldad que sola fue sobre Natura,
retrato de la suma hermosura
sacado al natural por mano diestra.

La fuerza del deseo que me adiestra
contino a lo imposible y lo procura,
me hace que a pesar de la ventura
quiera lo que a querer amor me muestra.

Y tiéneme en extremo la porfía,
que no puede alcanzar el sentimiento
que más que veros quiere el alma mía.

Efectos son del loco atrevimiento,
mas, pues no llega al bien la fantasía,
con sólo desearlo me contento.

VI

A una sangría

La mano que os dejó de una sangría
en un punto mortal desfigurada
no fuera tan cruel ni tan pesada
si le doliera veros cual os vía.

Mirad al menos bien cómo rompía,
señora, vuestra vena delicada,
ya que para salud tan deseada
el precio de tal sangre convenía.

Mas yo pienso que es pena de pecado

el no dolerle así vuestra herida,
de no doleros vos de mi cuidado.

Aunque también no es pena merecida
que aquel por daros vida os ha llagado
y vos por mayor bien quitáis la vida.

VII

A una dama que despabilo una vela con los dedos

El que es de algún peligro escarmentado
suele temerle más que quien lo ignora:
por eso temí el fuego en vos, señora,
cuando de vuestros dedos fue tocado.

Mas ¿visteis qué temor tan excusado
del daño que os hará la vela ahora?
Si no os ofende el vivo que en mí mora
¿cómo os podrá ofender fuego pintado?

Prodigio es de mi daño, Dios me guarde,
ver el pabilo en fuego consumido
y acudirle al remedio vos tan tarde:

Señal de no esperar ser socorrido
el mísero que en fuego por vos arde
hasta que esté en ceniza convertido.

VIII

Cuando la causa busco del efeto
que lleva un desear a lo imposible,
hallo que a sólo amor todo es posible
y él como no lo alcanza mi conceto .

¡Oh gran poder de amor cuyo secreto
a nadie puede ser comprehensible!
¡Qué más quiere el querer, oh caso horrible,
que el mísero vivir tiene en aprieto!

Pues si ha hallado el fin que un alma quiere
mi loco atrevimiento, y más procure

que ver el sólo bien del alma mía,

será porque ha ganado si muriere,
aunque el morir castiga su locura,
la gloria del deseo mi porfía.

IX

La diosa que fue en Francia celebrada
de quien su gran ciudad se llama ahora,
y el hombre que de mano matadora
primero padeció la muerte airada

formaron de sus nombres el que agrada
al alma, que la de él quiere y adora.
Natura lo empleó luego a la hora
en la que de ninguna fue igualada.

En parte lo empleó, que es el traslado
de la beldad del cielo propiamente,
hecha a su semejanza y por su mano.

Quien fruto produjo tan extremado,
de ti decirse sólo se consiente
¡Oh más que venturoso húmedo llano!